

Fuera de esta bula común, se enviaron además particulares escritos de invitación, no sólo á las grandes Potencias, sino también á los pequeños Estados y ciudades; y á todos se dirigieron los más urgentes requerimientos, para que enviaran al congreso diputados dignos y provistos de suficientes poderes (1).

Era imposible una lucha eficaz contra los otomanos, si antes no se establecía en Italia la paz y la tranquilidad; por lo cual Pío II se consagró con gran fervor á esta difícil tarea. En primer lugar, se restableció el orden en los Estados de la Iglesia perturbados por el gobierno de los Borja; y lo propio que el peligroso don Pedro de Borja, se fué ganando mediante sumas de dinero á los gobernadores catalanes, para que entregaran sus fortalezas (2).

La peor herencia que Pío II había recibido de su predecesor, era la contienda con Nápoles; y ya desde antes de la coronación del Papa, se empezaron á dar los primeros pasos para componer aquella peligrosa discordia; pero las negociaciones se dificultaron luego, por haberse entrometido algunos sin ser llamados (3). En el ulterior discurso de las mismas, todavía suscitó particularmente dificultades la oposición del partido francés en el Colegio Cardenalicio, á lo cual se agregaron las tergiversaciones de Ferrante, que hallaba demasiado duras varias de las condiciones impuestas

*nia* (Ennen III, 303 indica por error como fecha IV. Id. Oct.; el original, provisto de un sello de plomo, dice claramente III), del *Archivo del Círculo de Nuremberg* y del *Archivo público de Dresde*. Urk. n.º 7587. Cf. además N. de Tuccia 257.

(1) La \* Carta á los príncipes electores alemanes de 24 de Octubre de 1458 (cf. Raynal 1458 n. 18), se halla en el Lib. brev. 9, f.º 2 del *Archivo secreto pontificio*. La carta de Pío II á Colonia (Communitati et adherentibus civitatis Colonien.) está fechada en Roma, en S. Pedro, á 18 de Octubre de 1458 (XV Cal. Nov.); léese en ella este pasaje: «Requirimus autem, ut eosdem oratores pleno mandato instructos mittere studeatis non ad decernenda solum ea, quorum causa vocamini, sed ad componendam pacem vel ad iudicandas treugas cum illis cum quibus esset vobis forsan contentio. El original, con sello de plomo, existe en el *Archivo de la ciudad de Colonia*. Cf. *Annalen des Histor. Vereins für den Riederrhein* L 72. Una carta semejante fué dirigida á la ciudad de Nuremberg á 20 de Octubre (XIII Cal. Nov. 1458). *Archivo del círculo de Nuremberg*.

(2) Campanus 975. Pii II Comment. 36. Cf. la \* Relación de Antonio de Pistoia, fechada en Roma á 8 de Septiembre de 1458. *Biblioteca Ambrosiana* y una \* Carta de «Jac. Chici» á Lodovico Gonzaga, fechada en Roma á 10 de Septiembre de 1458. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) \* Copia de una Carta de Otto de Carretto á Antonio da Trezzo, fechada en Roma, á 28 de Agosto de 1458. *Biblioteca Ambrosiana*.

por el Papa. Con todo eso, Pío II se mantuvo firme en las exigencias á que por interés de la Iglesia se había movido, y mandó decir al Rey, que no era de los comerciantes que piden mucho para obtener algo (1). Ferrante, por su parte, amenazaba á principio de Octubre con volver á llamar á sus enviados (2); pero le importaba, sin embargo, demasiado el reconocimiento de su legitimidad por la Santa Sede, para consentir que se llegase con ella á un rompimiento; y como Pío II no cejaba en ninguna de sus capitales exigencias, tuvo el Rey finalmente que ceder. A 17 de Octubre se ajustó en Roma un convenio, en virtud del cual prometía el Papa levantar las censuras dictadas por su predecesor contra Ferrante, y otorgar á éste la concesión de la investidura en la acostumbrada forma, pero sin perjuicio de ajenos derechos. La coronación debería hacerse como se había solido, por medio de un legado a latere. Por su parte, el rey de Nápoles se obligó de la manera más solemne, á pagar anualmente á la Iglesia un determinado tributo feudal, entregar desde luego á Benevento, y diez años después á Terracina, y finalmente, obligar á Piccinino á restituir á la Santa Sede los territorios que le había arrebatado (3).

A 10 de Noviembre tuvo lugar la publicación de la bula de infeudación con la fórmula del juramento que había de prestar el rey de Nápoles. Para garantía de la autoridad eclesiástica y de la soberanía del Papa, se repitieron substancialmente las determinaciones que en otro tiempo habían convenido Carlos I y Clemente IV. Al fin de la bula se ponía la observación expresa, que por ella no se debía inferir perjuicios á eventuales derechos de otro alguno. Este documento sólo fué suscrito por 13 cardenales, pues faltaron los adictos al partido francés (4).

(1) Pii II Comment. 36. Cf. una segunda \* Carta de Otto de Carretto á Antonio da Trezzo de 28 de Agosto de 1458. *Biblioteca Ambrosiana*.

(2) Cf. Nunziante XVIII, 230. Aquí se describen de propósito por primera vez las negociaciones.

(3) Raynald 1458 n. 20-26 (cf. Borgia, Benevento III 1, 391 y Arch. stor. Napol. IX, 79) inserta el tratado, de que da cuenta Nicodemus de Pontremoli á Fr. Sforza desde Florencia en 26 de Octubre (Regesta en el Cod. 1613 del Fonds ital. de la *Biblioteca nacional de París*), copiándolo del Cod. B. 19 (cf. nuestro tom. I, vol. II, p. 67, n. 3) de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*. Helwing, 16, defiende con razón la política que siguió Pío II respecto á Nápoles.

(4) Dumont, Suppl. au corps dipl. (P. 1739) II, 412 s.; Raynald 1458 n. 30-43 según el susodicho manuscrito de la *Biblioteca Vallicelliana*. Yo he visto otra copia en el Cod. 35-B-1 f. 117<sup>b</sup> ss. de la *Biblioteca Corsini de Roma*.

Al propio tiempo se publicó una bula de Pío II absolviendo á Ferrante de todas las censuras fulminadas contra él por Calixto, y exhortando á la sumisión á sus súbditos (1).

A 1 de Diciembre se dió al cardenal Orsini el encargo de recibir el juramento feudal del Rey y efectuar la coronación (2); y poco después se envió á Nápoles con una misión secreta, á Niccolò Forteguerra, nombrado obispo de Teano. Tratábase de los desposorios de la hija natural del Rey con el sobrino del Papa, Antonio Piccolomini, los cuales habían de servir para afirmar las nuevas relaciones entre Roma y Nápoles (3). El bienhechor influjo de esta alianza se manifestó desde luego en las circunstancias de los Estados de la Iglesia. Las amenazas de Ferrante, á las cuales se asoció también expresamente el duque de Milán, movieron finalmente á Piccinino, á principios de 1459, á restituir sus rapiñas, á cambio de una indemnización de 30.000 ducados (4). También en Roma procuró Pío II por todos los medios restablecer la paz y la tranquilidad; congregó á los barones y les hizo obligarse con juramento á evitar todo género de novedades durante su ausencia; y contra los que obraran contra este compromiso, se establecieron los más severos castigos. A las ciudades y á los poderosos de los Estados de la Iglesia, se les confirmaron sus privilegios y se les remitió por tres años una parte del censo (5).

(1) \* Bula «Inter caetera» (en parte se halla en Raynald 1458 n. 27 y Lünig II, 1259-1260) en el \* Cod. Cors. cit. f. 114 s. (ex liber vicariat. Nicolai V., Calixti III et Pii II), pero también aquí sin el día de la fecha.

(2) Raynald 1458 n. 29 y Regest. 469 f. 40 s.: \* Latinus tit. S. Joannis et Pauli constituitur legatus de latere in regno Siciliae citra Pharum pro coronatione regis Ferdinandi. Dat. Romae 1458 Cal. Dec. *Archivo secreto pontificio*. Sobre la coronación en Barletta á 4 de Febrero de 1459 cf. A. de Tummullis 78-79; Notar Giacomo 102; Borgia, Dom. temp. nelle due Sicilie 196; Voigt III, 27; Rocchi, Cod. Crypt. 318; Arch. stor. Napol. IX, 90. Nunziante XVIII 451 ss. 459 ss.

(3) Simoneta 688. Regest. 469 f. 42b: \* Pius II á N. Forteguerra, con fecha Romae Prid. Non. Dec. A.º 1.º *Archivo secreto pontificio*. Aquí sólo se dice lo siguiente: pro quibusdam arduis nostris et S. R. E. negotiis te ad regnum etc. destinamus. Ferrante se separó con mucha dificultad de Benevento; sólo en Mayo de 1459 devolvió la ciudadela; v. Borgia, Benevento III, 1, 393-394. Arch. stor. Napol. IX, 88.

(4) V. las fuentes citadas por Voigt (III, 157) y Nunziante XVIII, 233 ss. Cf. Cronaca Perugia, 355 s. Sobre la intervención del duque de Milán cf. el \* Breve de Pío II á Fr. Sforza de 14 de Nov. de 1458. (Regest. en el Cod. 1613 del Fonds. ital. de la *Biblioteca nacional de París*) y el Breve de 10 de Dic. de 1458 publicado en el apéndice n.º 4. *Biblioteca Ambrosiana*.

(5) Pii II Comment. 37. Theiner. Cod. dipl. III 401 ss. L'Epinois 429.

Como por muerte de don Pedro Luis de Borja, había quedado vacante el cargo de Prefecto de la Ciudad, Pío II otorgó á 16 de Diciembre este importante empleo á Antonio Colonna (1), concediendo al propio tiempo á su primogénito el derecho de sucesión, con lo cual atrajo á su causa al más poderoso de todos los partidos de Roma. Ya á 1 de Septiembre había sido nombrado alcaide del castillo de Sant-Angelo Antonio Piccolomini (2), y por una bula especial se ordenó la continuación de los trabajos de mejoramiento emprendidos en la Campaña por los antecesores de Pío II (3).

Los romanos no podían todavía reconciliarse con la idea de que el Papa hubiese de dejar su Ciudad por largo plazo, privándolos con esto de los beneficios de la Curia. Todavía estaba en muchos demasadamente viva la memoria de los tristes días de la larga ausencia de Eugenio IV; se interpretaba en mal sentido el designio del Papa, diciendo que el congreso de Mantua no se celebraría sino en la apariencia; que Pío II acabaría su viaje deteniéndose en Sena, para enriquecer á su patria. Algunos decían que el Papa, que se había criado entre los alemanes, se dirigiría por fin á aquel país, y no tendría por cosa ajena de su dignidad trasladar la Silla pontificia al otro lado de los Alpes. A otros les acometía el miedo de que el Jefe de la Iglesia, quebrantado ya por las enfermedades y la vejez, no volvería más á la Ciudad eterna. Una profunda excitación se apoderó de los fácilmente impresionables habitantes de Roma: las mujeres lloraban, las jóvenes se desataban en injurias, los hombres juraban y maldecían, al paso que los ancianos experimentados acudían al Papa en pelotones, y le suplicaban que no abandonase su residencia. Pío II los consoló, demostrándoles la necesidad de su partida; pero prometiéndoles al mismo tiempo que regresaría muy en breve (4).

(1) No en 22 de Diciembre, como indica Voigt (III, 30) siguiendo al inexacto Infessura (1138; ed. Tommasini 63), sino ya en el 16 de este mes; v. el \* Breve de nombramiento en el *Archivo Colonna*, el cual tiene esta fecha: Romae 1458 decimo septimo Cal. Jan.

(2) \* Antonius... de Piccolom. constituitur castellanus «castris Crescentii alias dicti S. Angeli de urbe». Dat. Romae 1458 Cal. Sept. A.º 1.º Regest. 515 f. 137. *Archivo secreto pontificio*. Cf. Studi e docum. XIV 52 s. Pagos en su favor en \* Div. Pii II 1458-1460. f. 7, 26 etc. *Archivo público de Roma*.

(3) Cf. Benigni 21.

(4) Pii II Comment. 34-35. N. de Tuccia 257. Según una relación de Nicodemus á Fr. Sforza de 17 de Octubre de 1458 sólo los romanos se quejaban de la determinación del Papa, mientras que todo el mundo estaba muy contento de la misma. Cod. 1588, f. 174 del Fonds ital. de la *Biblioteca nacional de París*.

Para apaciguar más fácilmente los ánimos, se ordenó que permaneciese en la Ciudad eterna una parte de los empleados de la Curia y algunos cardenales, y que continuara allí como de costumbre el despacho de los negocios corrientes. Por una bula particular se reguló la futura elección de Papa, la cual debería verificarse precisamente en Roma (1). A 11 de Enero de 1459, confirió Pío II el importante cargo de Vicario general del Papa, en Roma y en el Patrimonio, á su antiguo amigo el cardenal alemán Nicolao de Cusa, que á fin de Septiembre había regresado á la Ciudad eterna (2). Gobernador de Roma fué nombrado á 15 de Enero de 1459 el obispo de Mantua, Galeazzo Cavriani (3).

Acerca de la forma de vida y del carácter de Pío II, se hallan en Platina, Campano y en otras fuentes, suficientes noticias que nos permiten formar de él una viva imagen (4). Todos convienen en elogiar, no sólo la extraordinaria y verdaderamente universal cultura y superioridad intelectual del Pontífice, sino también su encantadora amabilidad, simplicidad y blandura. Como todos los hombres de mucho talento, era Pío II enemigo de la afectación; no daba importancia alguna especial al esplendor de su corte, por más que, cuando era necesario, supiera desplegar magnificencia conforme á la dignidad de su posición (5). La simplicidad del

(1) Pii II Comment. 37. Cf. Theiner, Cod. dipl. III, 409 s.; Raynald 1429 n. 1. La bula es del 5, no del 4, de Enero de 1459, como Gregorovius (VII<sup>o</sup>, 162) indica.

(2) \*Nicolaus tit. S. Petri ad vincula constituitur generalis vicarius cum potestate legati de latere in urbe et patrimonio. Dat. Romae 1458 (st. fl.) tertio Id. Ian. A.º 1.º. Regest. 515 f. 132-134<sup>b</sup>. *Archivo secreto pontificio*. Scharpf (279) que vió esta Bula en la *Biblioteca de Cues*, la trasladó al año 1458, ¡cuando todavía reinaba Calixto III! Giovanni di Juzzo en N. de Tuccia (73) llama á Cusa «lo vice papa». Un documento de Cusa de 1 de Noviembre de 1459 en Vitale, Senatori di Roma II, R. 1791, 436 s. La vuelta á Roma de Cusa fué á 30 de Septiembre de 1458. Acta consist. f. 28<sup>b</sup>. *Archivo secreto pontificio*.

(3) El \*decreto de nombramiento lleva la fecha: Romae apud L. Petrum 1458 XVIII Cal. Febr. A.º 1.º Reg. 515, f. 139<sup>a</sup>-140<sup>a</sup>. *Archivo secreto pontificio*. Comete por tanto Reumont (III, 1, 138) un error al trasladar á Octubre el nombramiento. Sobre la importancia del cargo de gobernador en el siglo xv, cf. Garampi, Osservaz. App. 157 sig. Yo he visto en el *Archivo Gonsaga de Mantua* diez y nueve cartas \* originales de G. Cavriani (acerca del cual hay que consultar á Luzio-Renier, I Filelfo 74 s.) al marqués Lodovico del año 1459, y siete del año 1460.

(4) Son importantes especialmente, y no han sido apreciados hasta ahora por los investigadores, los datos del Cod. Urb. 1248 en Piccolomini, Doc. 25 s.

(5) Müntz I, 225 s. Voigt III, 549.

modo de vivir del Papa sorprendía tanto más, cuanto se la comparaba con el fausto y ostentación que desplegaban algunos cardenales, como Estouteville y Borja. Su comitiva se desesperaba con frecuencia, cuando, en los numerosos viajes del Papa, había de morar en miserables aldeas ó ruinosos monasterios donde había escasez hasta de las cosas más necesarias para la vida. En tales ocasiones, Pío II se contentaba con todo, sin desdenarse de beber en los más ordinarios vasos, y habitar en monasterios que apenas ofrecían suficiente refugio contra el viento y la intemperie. En la mesa del Papa no se presentaban sino los manjares ordinarios y poco vino, y raras veces encomendaba que le preparasen un plato favorito.

Una prueba documental de esta frugalidad de Pío II, ya muy ensalzada por sus biógrafos, se halla en sus libros de cuentas. Un investigador, que ha recorrido aquellos tomos, saca una conclusión muy honrosa para los papas de la primera época del Renacimiento y en particular para Pío II: «En total—dice—pone admiración la simplicidad y economía en el sostenimiento de la casa de los papas, y podemos decir, que ofrece mucha semejanza con la regla de un refectorio monástico; pero los gastos de manutención de Pío II son los más bajos que allí se encuentran, no pasando regularmente de seis, siete ú ocho ducados diarios. Es verdad que hay que tener en cuenta, para apreciar estas sumas, la extraordinaria baratura de los mantenimientos en aquella época; pero cuando se considera que con tan poco dinero se atendía á la manutención de 260 á 280 personas, nadie podrá menos de convenir en que están fuera de su lugar las declamaciones contra el sibarítico y dispendioso sostenimiento de la Corte (1).

Pío II tenía fama de saber distribuir muy bien su tiempo. Mientras gozaba de salud, se levantaba con el sol, rezaba el breviario, decía ú oía la santa misa, y luego se ponía en seguida al trabajo. Hasta que llegaban los cardenales daba audiencias ó atendía á otros negocios de su cargo; y un pequeño paseo en el jardín constituía su única recreación antes del medio día. Después de comer conversaba el Papa con sus acompañantes y se permitía

(1) Gregorovius, Das römische Staatsarchiv en la Hist. Zeitschr. de Sybel XXXVI, 158 y 160. Müntz, l. c. Acerca del número del personal de la corte pontificia v. Marini II, 152 s.; cf. Rev. d. quest. hist. II (1899) 41 s. A pesar de lo cual Gebhart, La Renaiss. 181, ¡acusa á Pío II de prodigalidad!

una breve siesta. Luego dictaba cartas ó se dedicaba á trabajos literarios, y volvía á dar audiencia hasta la hora de la cena. Después de ésta despachaba todavía los negocios corrientes con Jacobo Ammanati y Gregorio Lolli, y finalmente, se ocupaba en las cosas de hacienda. Además de los mencionados, pertenecían al número de las personas propiamente de confianza de Pío II, su sobrino Francisco Piccolomini, el grave y erudito obispo de Spoleto, Bernardo Eroli, Nicolao Forteguerra de Pistoya y Jacobo de Lucca; y entre los cardenales trataba con particular intimidad con Calandrini, Castiglione, Cusa, Carvajal y Bessarión. Antes de entregarse al descanso, rezaba todavía Pío II el resto del breviario, y muchas veces leía ó dictaba aún en la cama; pues no necesitaba más que de cinco á seis horas de sueño (1).

Platina describe el exterior de Pío II, así como su carácter, diciendo: que era de pequeña estatura y figura rechoncha (2); su cabeza había encanecido muy pronto, y ya en la edad viril le daba prematuramente el aspecto de un anciano. Toda su expresión revelaba una mezcla de mansedumbre y severidad, y en su manera de vestir no era ni afectado ni negligente. Acostumbrado á los sufrimientos, toleraba con paciencia el hambre y la sed; su cuerpo, robusto por naturaleza, se había debilitado por los muchos trabajos, viajes y vigiliias; pero aun cuando le atormentaran la tos, el mal de piedra ó la gota de los pies, se mostraba siempre accesible á todos. Sólo de mala gana rehusaba lo que se le pedía; y refiere Campano que, en una ocasión, como un camarero pontificio hiciera señas á un viejo hablador, para que abreviara sus razones, Pío II mandó á éste que continuara con tranquilidad, y dijo incomodado al sirviente: «¿No sabes que, siendo Papa, no he de vivir para mí sino para los demás?» Pío II gastaba cuanto dinero recibía; no era codicioso de riquezas—nunca se hallaba presente al contar el dinero,—pero tampoco lo desdeñaba. A consecuencia de la guerra, su caja estaba siempre vacía, de manera

(1) V. Piccolomini, Doc. 25-26; Campanus 984. \* Despacho de A. da Pistoya de 21 de Agosto de 1458, v. apéndice n.º 3. Platina, Vita Pii. Cf. Hagenbach 38 ss. Sforza, Nicolaus V. 127. Sobre los familiares de Pío II v. la \* Carta de Carretto á Fr. Sforza de 11 de Nov. de 1458. El vescovo de Spoleti está caracterizado como homo de grande rectitudine ymo austerita, doctissimo in utroque iure et experto del stillo de corte. Con questo la S<sup>a</sup> de N. S. se consiglia molto cosi in le cose di stato come in quelle de corte et quasi niente se fa senza luy. *Biblioteca Ambrosiana*.

(2) Cf. Istoria di Chiusi 994.

que muchas veces tuvo que cargarse con deudas (1). Aborrecía á los aduladores y lisonjeros; se airaba con facilidad, pero se apaciguaba asimismo prontamente. Fácilmente perdonaba las ofensas personales, pero se oponía con la mayor firmeza á los ataques que iban contra la Santa Sede. Era apacible con los que le rodeaban, y gustaba de mezclar en la conversación ingeniosas sentencias. Se mostraba indiferente á lo que de público se decía, y así tampoco hacía caso de los vituperios que se le dirigían á causa de sus frecuentes viajes. Pío II no conocía el miedo ni la inconstancia; nadie le vió ensoberbecerse en los días venturosos, ni entregarse al abatimiento en los adversos; empleaba sus tiempos libres en leer ó en escribir. Fué sinceramente adicto á la fe cristiana, y recibía á menudo los santos sacramentos.

A esta descripción, trazada por una mano agradecida, sólo se han de añadir pocos rasgos (2). Cuán rigurosamente guardara Pío II los mandamientos de la Iglesia se echa de ver por la circunstancia de haber sus amigos tratado inútilmente de conseguir que dejara los ayunos por causa de sus dolencias. Este Papa profesó una gran veneración á la Santísima Virgen, en cuyo particular amparo creía vivir, y visitó y promovió fervorosamente los santuarios y lugares de peregrinación que le estaban dedicados; y asimismo procuró honrar á la Reina del Cielo componiendo himnos en su alabanza (3).

(1) Sobre la penuria casi continua de Pío II, como efecto de la mala administración de su hacienda, v. Voigt III, 148, 165, 545 s. y el profundo estudio de Gottlob, Cam. Ap. donde, 259 ss., se nos dan los remates de cuentas de la Cámara pontificia. Con todo, de cuando en cuando procuró Pío II poner coto á estos desórdenes de la hacienda. Así escribe, por ejemplo, á Bolonia: Intelleximus non sine displicentia thesauraria illius nostre civitatis Bononie non administrari cum eo quo decet ordine multaque in ea negligi et male conduci in non parvum praeiudicium camere apostolice; lo cual debe cesar. Dat. Tibure 1461 Aug. 3. El original se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) No se puede desconocer que Platina, al hacernos la pintura favorable de Pío II, pretendía pintarnos con colores tanto más oscuros á su sucesor; con todo, este retrato está confirmado por otras fuentes y es con razón apreciado; v. Creighton II, 524. Gregorovius, aquí ciertamente imparcial, juzga de Pío II tan favorablemente como Platina; «su vida como Papa, dice (VII<sup>o</sup>, 163), era intachable: era moderado, blando, afable é indulgente».

(3) Pii II. Comment. 131, 360. Pellegretti 39, 54 s. 64. El santuario de Einsiedeln retuvo sus antiguos privilegios por medio de Pío II, quien los confirmó y añadió otros nuevos; v. G. Morel, Regesten v. Einsiedeln, Chur 1848, 70-71, donde sin embargo, los números 95 y 96 están colocados en el año 1463 y deberían estar en el 1464. El n.º 906 está fechado en el Cod. 814 f. 404 de la *Biblio-*

La extraordinaria afición del Papa á las excursiones ó viajes, mencionada por Platina, merece una particular atención. Aun cuando Pío II no emprendió viajes tan largos como algunos otros Pontífices, pocos de éstos se ausentaron con tanta frecuencia como él; de suerte que se le hubiera podido aplicar, con no menos propiedad que á Pío VI, el título de «peregrino apostólico», que asigna á éste el autor de la discutida Profecía de San Malaquías. Motivos así políticos como de salud (1), una insaciable sed de saber, la afición á la llaneza del trato familiar, y finalmente, un gran entusiasmo por la hermosura de la Naturaleza en su país, fueron los estímulos de sus frecuentes cambios de lugar, en aquel tiempo enteramente desacostumbrados. La estancia en el campo era la principal recreación que se permitía el Papa aquejado de la gota, cuando el ardor canicular y la peste hacían insoportable la estancia en los lugares hondos. Los siempre nuevos alicientes de la Naturaleza ejercían una irresistible atracción sobre aquella alma dotada de raro sentimiento de lo bello. Principalmente ha alcanzado cierta celebridad la estancia veraniega, descrita por el mismo Pío II, en el monte Amiata. Era en la estación calurosa de 1462, cuando el Papa estableció su morada en la abadía de S. Salvatore, situada hacia la mitad de aquel monte. Allí donde la montaña descende rápidamente cubierta de castaños, podían divagar sus miradas por el paisaje toscano, maravillosamente hermoso, hasta las lejanas torres de Sena (2). Todavía en la actualidad una inscripción recuerda al viajero de qué manera

*teca del monasterio de S. Gall.* Cal. Febr. con más exactitud que III Cal. Febr., como tiene Morel. Cf. ahora para esto Ringholz, Historia de la peregrinación de Einsiedeln, Freiburg 1896, 336 ss. Una elegía de Pío II á la S. Maria. Virgen está publicada entre sus obras (edición de Basilea) p. 964. Lamius (Catal. bibl. Riccard. Liburni 1756, 8) trae el principio de otra poesía de Pío II ad beatam virginem. Me parece que todavía no se ha publicado una poesía del Papa, que comienza:

Virgo decus celi, virgo sanctissima, virgo,  
Que super angelicos es veneranda choros.

Cod. 710 f. 71<sup>b</sup>-73 de la *Bibliot. Riccardiana de Florencia*.

(1) «Es verdad, como advierte Reumont III, 1, 392, que no por pasatiempo moraba diversas veces en los baños de Macereto y Petriolo.» Tomábase también en consideración el estado de efervescencia de la capital: «No sin motivo, residía Pío II con más gusto en cualquier otra parte mejor que en Roma.» Burckhardt, Cultur I, 113.

(2) Burckhardt I, 22; cf. p. 79, n. 1.

despachaba aquí, debajo el más corpulento de los árboles, los negocios temporales y espirituales. En general, el despacho de los negocios no padecía detrimento ninguno por esta afición del Papa á viajar, pues donde quiera estuviese Pío II practicaba su máxima de cumplir pronta é inmediatamente las obligaciones de su cargo. De la misma manera que solía el Papa tomar en sus viajes su frugal comida con idílica simplicidad, al aire libre, en un prado florido, y entre pocas personas de confianza, así también recibía muchas veces con suma llaneza á los solicitadores y aun á los embajadores, bajo una alta encina ó un gigantesco castaño, ó en un apacible olivar junto al murmullo de una fuente, y despachaba allí los negocios del gobierno (1).

Las exquisitas descripciones que Pío II trazó de sus viajes, gozan con justicia de gran celebridad, y todavía actualmente las leerá con admiración quien ha sentido alguna vez el mágico encanto de los paisajes italianos. La gruta de Diana, junto al azul lago de Nemi; Todi, asentada sobre viñas y pendientes cubiertas de olivos; el pintoresco valle del Alto Anio; la agreste soledad de los montes de Subiaco; la incomparable campiña de Roma; la perspectiva que se goza desde las altas cimas de los montes Albanos, sobre aquella tierra tan favorecida por la Naturaleza como llena de recuerdos históricos y antiquísimas ruinas, no habían sido nunca antes descritos hasta los menores detalles con tal arte y entusiasmo. El Papa, que se llama á sí mismo «amigo de los bosques», había conservado un corazón sensible para las poéticas impresiones de la Naturaleza; ninguna cosa en las selvas y campos escapaba á su agudo espíritu de observación; con delicado sentimiento de la Naturaleza se detenía en la descripción de las obscuras selvas, de los ondulantes campos, de las flores de matices variados é intensos. Cuanto más se inclinaba su vida al ocaso, tanto más calurosamente se entusiasmaba con la incomparable hermosura de Italia (2). El amor de la Naturaleza y de la patria

(1) En la descripción del Monte Amiata se califica á sí mismo Pío II de «silvarum amator et varia videndi cupidus». Comment. 217; cf. también Campanus 982-983. Respecto á la rapidez con que Pío II despachaba los negocios, v. Piccolomini, Doc. 26.

(2) V. Biese, Naturgefühl 159-160, Burckhardt, loc. cit. y Kraus II, 2, 1, 23 s. 59. Biese dice 155, que los comentarios de Pío II contienen las más hermosas descripciones de la Naturaleza que antes de Rousseau y Goethe se han trazado. Müntz (Hist. de l'état I, 95) advierte: Pie II le premier a su peindre,